

BN
917.293
B28 11

*Lo que no Supo Colón
Acerca de Santo Domingo*

Impresiones de Santo Domingo

Por Richard Barry

AL QUE LEYERE

La siguiente es traducción de un artículo que apareció en el número de agosto pasado de la revista mensual americana SPUR.

SPUR, fundada en 1913 por los señores John A. Mc Kay y Alfred G. Vanderbilt, de la más alta sociedad cosmopolita de Nueva York, es revista que por la elegancia del formato y por la autoridad de sus redactores y colaboradores llega a los salones y a las bibliotecas de la gente más distinguida de dos continentes. Hace varios meses viene publicando SPUR impresiones de viaje de escritores de acusada personalidad en el mundo de las letras. El número de agosto, como veréis, está dedicado a Santo Domingo.

El prejuicio con que, salvando contadisimas excepciones, se miran y analizan por escritores extranjeros los problemas de estas hermosas islas que baña el Caribe, pareció estrellarse esta vez ante la grandeza de la figura del General Trujillo y ante la magnitud de su obra constructiva, cual lo atestiguan ciertas observaciones muy certeras del artículo que pronto empezará a leer. Con excepción de algunos errores de mero carácter histórico, el señor Barry hace justicia a la obra del Benefactor y le abre las puertas del templo donde moran los hombres definitivamente grandes.

En tal sentido, y por la justicia irreprimible que se rinde al Benefactor de Santo Domingo en la revista SPUR, se da a la publicidad el artículo que sigue, como demostración de que por encima de prejuicios pasajeros triunfa siempre la verdad.

Octubre 15 de 1939.



293
812



*Generalísimo Rafael Leonidas Trujillo Molina,
Benefactor de la Patria.*

009632

LO QUE NO SUPO COLON ACERCA DE SANTO DOMINGO

Por Richard Barry

Durante más de cuatro centurias curiosos viajeros han venido visitando a la isla, acuciados por su pasado muerto y romántico. Ahora la visitan por su vivo presente y por su probable importancia en el porvenir de las Antillas: todo ello creado por el General Trujillo.

El primer propagandista en la historia del Nuevo Mundo dió principio a su primera encomienda con esta misiva:

“En la isla llamada La Española se levantan altísimas y bellas montañas; se encuentran grandes predios cultivados, bosques, campos fertilísimos y todo lo adaptable a la agricultura, al pastoreo de ganados y a la construcción de casas. La excelencia de estas bahías y la abundancia de los ríos que contribuyen a la salubridad del clima, no pueden ser descritas . . .”

El propagandista convenció; su intento fué logrado y la isla ha florecido.

La carta iba dirigida a Rafael Sánchez, tesorero de de la Reina Isabel, cuyas alhajas proveyeron fondos para el escritor, Cristóbal Colón, quien pergeñó aque-



llas palabras abordo de la carabela al regresar de su primer viaje.

La Española se convirtió en Hispaniola; la Hispaniola se convirtió en Santo Domingo y Santo Domingo se convirtió a su vez en teatro de otras cosas primeras. Por ejemplo:

1. Bartolomé Colón, hermano de Cristóbal, erigió allí la primera ciudad del Nuevo Mundo, dándole el nombre de su padre.

2. Cortés partió de allí para conquistar a Méjico.

3. Pizarro partió de allí para conquistar al Perú.

4. Balboa, para el Pacífico.

5. Esquivál, para Jamaica.

6. Por luengos años fué la única, ya que fué la primera, capital del Nuevo Mundo.

7. Albergó la primera catedral de América, y, asimismo, la Universidad primera.

8. Albergó —y todavía alberga— los huesos de Colón.

9. Máximo Gómez partió de allí en una empresa que eventualmente habría de expulsar a los españoles de la isla de Cuba.

10. En Santo Domingo, el día 3 de septiembre de 1930, comenzó el renacimiento del Caribe.

Este décimo inciso es el que tiene importancia para nosotros. Los otros incisos demarcan el pasado histórico. En los 434 años transcurridos entre la fundación de Santo Domingo y aquella reciente mañana de septiembre, las marejadas de la vida pasaron más allá de la isla hermosa, más allá de las Antillas, más allá de las Américas.

Por más de cuatro centurias la isla en que Colón creyó ver a las "Indias de las Especies" había discurrecido en mares de calma tropical, avanzando en ocasiones pero retrogradando siempre, al parecer, hacia

la decadencia en lo económico, en lo moral y en lo político. Sólo el turista más temerario se aventuraba a explorar sus edificios venerables, edificios que, a pesar de no ser grandes obras de arte para época alguna, contenían grado de sortilegio tal que a ningún artista le fuera dable lograrlo deliberadamente; que la acumulación de cuatro siglos sobre cualquier monumento ha de atraer al hombre, separándolo de las sendas trilladas, para contemplarlo.

Dos sucesos, de fuerza cataclísmica similar, coincidieron durante aquel equinoccio de 1930. El uno fué un trastorno de la naturaleza; el otro, un trastorno político cuyo radio alcanzaba a la economía, a la sociología y a las relaciones internacionales.

El ciclón recorrió dos veces el camino de Colón; cruzó seis mil millas del Atlántico meridional; pero llegó al mismo blanco a que El Descubridor llegara —Santo Domingo— golpeándole en pleno corazón, cual si fuera una granizada de cien mil machetes diestramente esgrimidos. Derrumbó la ciudad; mató; mutiló; destruyó; arrasó. Fué el peor de los ciclones en la historia de las Antillas. Se diría que cuatrocientos años habían transcurrido entre sol y sol. Los edificios que Diego y Bartolomé habían erigido, edificios de muros de nueve pies de espesor y de sólida piedra, resistieron. Todo lo que se había construído desde entonces pulverizado fué.

Lo Trajo el Huracán.

Así, el escenario estaba preparado para la aparición de un hombre; pues, de no haber tenido AL HOMBRE, Santo Domingo hubiera retornado, desde aquel instante, a la selva. Como los Mayas, mil años antes, en el Yucatán.

El nombre castellano de la madre era Molina y el nombre francés del padre era Trujillo. Esperanzados los padres, añadieron el nombre de un artista y el de un guerrero: cuatro nombres en total —necesitaba cuatro sólidos estribos para la obra que habría de emprender— Rafael Leonidas Trujillo Molina. Y así demostró ser un artista-guerrero de origen franco-español.

Pues que Trujillo pertenece ya al templo de los definitivamente grandes, su árbol genealógico nos dice que desciende de Paulina Bonaparte. Lo cual puede ser o no ser así; pero bien descienda o no de Paulina, Trujillo es Napoleónico.

Sobre lo que no cabe discusión alguna es que Trujillo, no obstante, era un telegrafista a sueldo de treinta pesos mensuales (cerca de \$12), cuando la infantería de marina del Tío Sam desembarcó y tomó posesión de la isla poco después de la Guerra Mundial.

Hay dos maneras de mirar aquella conquista de la República de Santo Domingo por los Estados Unidos de América, pues conquista militar fué. Si escucháis a la Secretaría de Estado, se os dirá que aquella fué una necesaria medida de rutina policial a fin de garantizar el pago de obligaciones a ciertos banqueros americanos, que habían quedado descubiertas. Pero también tenéis el punto de vista dominicano. Para los dominicanos, un estado soberano en posesión de su inapreciable y preciada independencia, había sido invadido despiadadamente por la fuerza armada; sus aduanas y la sede del gobierno, capturadas; y la República reducida al vergonzoso estado de una colonia sin voz. El Tío Sam se querellaba de que la República no pagaba sus deudas. Era cierto. Tampoco las pagaban Inglaterra o Francia, o muchos otros estados soberanos. El Tío Sam no envió a sus marinos

a Inglaterra ni a Francia a cobrar deudas malas a punta de bayonetas. ¿Por qué, entonces, meterse con la pequeña e indefensa Santo Domingo? ¿Es ése el papel de un caballero valiente o el papel de un matón?

Hay contestaciones, por supuesto, para estas preguntas; pero no las escucharéis de labios dominicanos. La contestación del dominicano es incontestable cuando os dice, con un encogimiento de hombros, "así es el Coloso del Norte". Y el dominicano pone un dejo emotivo en la expresión al pronunciar la palabra "Coloso".

El telegrafista Trujillo vivió toda la Ocupación. Vió a muchos dominicanos, entre los cuales estaban algunos de sus amigos, expresar sus sentimientos con el rifle o con el machete en la mano. Era inútil. El telegrafista observaba que los marinos americanos merecían su fama. Sabían tirar. Los hombres que mataban eran tildados de "bandidos" pero los dominicanos los llamaban "patriotas".

Trujillo optó por no ser un "patriota" muerto. Una cosa resalta en lo que ocurrió después. Cuando la infantería de marina evacuó la isla y las fuerzas nativas se hicieron cargo de la situación, el Presidente le preguntó al Coronel Richard Malcom Cutts a quien recomendaría para sucederle, y éste, secamente, le respondió: Trujillo.

La Gran Oportunidad

Cuando el ciclón azotó la isla, Trujillo llevaba seis meses en la Presidencia. Al día siguiente —con las ruinas de cuatro siglos de civilización a sus pies— exclamó él: "Está bien; empezaremos de nuevo".

Agradeció a la tormenta el haberle economizado el costo de demoler. Los muelles se podrían; las ca-



sas eran de madera; los otros edificios eran viejos y pobres. Así, pues, comenzó la tarea de reconstruir. En primer lugar, construyó una gran red de carreteras, con puentes de acero sobre todos los ríos, de Norte a Sur y de Este a Oeste. Dragó la desembocadura del río a fin de que las naves, que nunca pudieron entrar antes, atracasen a lo largo de muelles de acero que erigió con una extensión longitudinal de 3,500 pies. Se dragó el canal de entrada profundizándose hasta 34 pies. Un tajamar de acero y concreto fué construido en el Caribe.

Erigió un teatro nacional; cincuenta edificios escolares en las ciudades y cien en las aldeas; completó un paseo por el litoral de la ciudad y le dió el nombre de Avenida Jorge Washington; restauró todos los edificios históricos; construyó acueductos y pozos artesianos; estableció escuelas agrarias; inauguró el parque público de recreo mayor de la América Latina; estableció escuelas de veterinaria y abrió estaciones para la inspección sanitaria de los productos de la ganadería. Infantes rascacielos surgieron frente al puerto.

No obstante, equilibró el presupuesto todos los años y nunca dejó de pagar un solo centavo de capital e intereses sobre la deuda al Tío Sam. Al año siguiente del ciclón la Secretaría de Estado de Estados Unidos sugirió con mucho tacto que, en vista del desastre, se escucharía con oídos propicios cualquier sugerencia sobre suspensión de un pago siquiera. Trujillo no prestó oídos a la indicación diplomática. Aun durante el año del ciclón, pagó, cuanto se debía, a cabalidad.

¿El resultado? En 1938 la República hospedó a más de 10,000 turistas, mientras que, diez años antes, menos de 1,000 habían llegado al país. Además, otros adelantos positivos fueron logrados, en proporción.

Un pedimento público circuló y más de medio mi-

llón de nombres —población de millón y medio— se sumó para solicitar que el nombre del puerto principal fuese cambiado por el de Ciudad Trujillo. Así, pues, el primer puerto a que llegó Colón en el Nuevo Mundo, es hoy conocido por el nombre de Ciudad Trujillo. Mas, en las cercanías se construye para ser inaugurado en 1942, al cumplirse los cuatrocientos cincuenta años del Descubrimiento, el faro de \$5,000,000 en honor a Colón y al cual contribuyeron todas las naciones de América.

Un Nuevo Motivo para el Viajero.

El viaje directo desde Nueva York, vía la Línea Puerto Rico, con escala de un día en esa isla, se hace en seis días. Indirectamente, se puede viajar por la Línea Grace hasta Puerto Príncipe, capital de Haití, y de ahí cruzar, por una nueva y excelente moto-pista, en guagua o en auto, hasta Ciudad Trujillo: una distancia de unas 300 millas.

Necesariamente, cierta confusión se apodera del viajero corriente con respecto a las dos Repúblicas. ¿Cuál es cuál? Ambas están en la misma isla: Santo Domingo. Haití, la República que el hombre de color ocupa y **gobierna**, cubre una tercera parte del área de la isla —está más cerca de los Estados Unidos y de Cuba— y, sin embargo, aloja a dos terceras partes de la población. La República Dominicana, con hombres blancos de descendencia española y francesa que la ocupa y la rigen, tiene dos terceras partes del territorio y una tercera parte de la población.

Trujillo es un purista de corazón y —dentro de ciertas limitaciones humanas— de conducta también. Por ejemplo, observa escrupulosamente todas las mo-

dalidades de gobierno, tanto jurídicas como consuetudinarias, establecidas por su mentor, el Tío Sam.

Cuando era Presidente se le criticaba por tener un Congreso "sello de goma" y porque cada vez que algo le pedía, el Congreso se lo otorgaba. No obstante, esta "falta" —si falta era— floreció a plenitud en 1933-38; y en su descargo se decía que él meramente observa con fidelidad la costumbre establecida y sentada por el "Coloso" de Washington.

Sin embargo, no titubeó cuando se vió obligado a decidir el problema de un tercer término presidencial en 1938. Decidió observar la "sabia costumbre" establecida durante siglo y medio por los jefes ejecutivos del "Coloso" del Norte, y rechazó un tercer término presidencial. Se retiró a su finca, la cual no es una granja anticuada. Las gallinas ponen huevos previamente calculados y el ordeño de las vacas se hace por electricidad.

Una Línea de Trujillo.

Las fuerzas armadas, hace dos años, sintieron la necesidad de establecer, una vez para siempre, la línea divisoria entre Haití y Santo Domingo, que había estado en discusión por generaciones. Los hombres de color andorreaban por ella y, cuando la guardia de Trujillo quiso mostrarles donde estaba la frontera, su personal efectivo incluía un número de dominicanos cuyas abuelas habían sido violadas por los antepasados de los haitianos que ignoraban la situación de la línea fronteriza.

Ya saben dónde está la línea. La disputa terminó. En dos años, ni un solo haitiano ha cometido una equivocación. Como indicación del método usado se encuentra el relato del joven teniente dominicano, jefe

de una escuadra de tiradores, a quien, después de la descarga, se le pidió avanzara en persona y administrase el golpe de gracia. De buena crianza, el teniente vaciló. Entonces se le sugirió que, si pedía un médico, el estado de las víctimas pudiera ser averiguado.

—Sí, señor— vacilantemente replicó el joven oficial, añadiendo después: "pero cuando la guardia del Generalísimo dispara, no es necesario mandar por el médico; hay que buscar al sepulturero".

Ya el Generalísimo no es Presidente. Es una especie de inspirador. Así, pues, si bien es cierto que los marinos se marcharon de Santo Domingo, no lo es menos que aun cabe la frase aquella de que "los marinos han desembarcado y son dueños de la situación".

